

tados con la pertenencia generacional de los compositores, las geografías de origen y posteriores desplazamientos, recorridos, diálogos con otros géneros y disciplinas artísticas.

Sin pronunciamientos colectivos, la reunión de estas partituras muestra la singularidad de las expresiones y, en ese sentido, la diversidad de un espacio artístico igualmente singular.

El hecho de que dos instituciones de educación superior hayan editado este volumen, con el propósito de conectar compositores y compositoras latinoamericanas, y poner en circulación sus producciones, merece una breve reflexión sobre la tradición de otros proyectos institucionales en América Latina.

En ese sentido, vale recordar cómo las ideas de un progreso en el campo artístico regían las prácticas estéticas de la primera institución en América Latina que buscó profesionalizar e internacionalizar la composición musical de la región. Me refiero al Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales, dirigido por Alberto Ginastera, y que funcionó en el Instituto Torcuato Di Tella. Allí se definieron utopías sonoras cuyos lineamientos marcaron la ruptura del aislamiento en la que estaban los compositores de la región y, para algunos, marcó el quiebre con las estéticas centroeuropeas, impulsando la búsqueda de integración e integración de una realidad común, atravesada por problemáticas similares. En el aislamiento previo al CLAEM, como señaló el compositor uruguayo Coriún Aharonián, no había pasado propio ni tampoco presente común, al menos para la generación de compositores activos durante los años sesenta.

Bajo la idea de promover una unión continental en el proyecto del CLAEM, la música, tal vez como nunca antes en la historia de la música latinoamericana, se integró de manera orgánica a estrategias políticas y se intentó desarrollar una conciencia ciudadana hemisférica. Bajo la idea de una unión continental, que comenzó a circular con fuerza en 1958, se tomaron una serie de iniciativas relacionadas con la fundación de instituciones musicales que posteriormente tendrían consecuencias en la configuración del campo musical latinoamericano. Ginastera hablaba de la «generación de músicos continentales», refiriéndose a los becarios latinoamericanos del CLAEM en los años sesenta.

La categoría 'latinoamericano', que el CLAEM incluyó en su nombre para darle una proyección de corte conti-